

# Versaciones de un chupaplumas

## Que piense algo



[1]



Que tiempo de sobra tendrá usted por las mañanas, en el ministerio, sin otra cosa que lo pueda distraer mas que sus aburridos expedientes, de discurrir una situación mediante la que **tanto si se quiere usted mantener en la idea de discutir por una cuestión tan baladí como lo es el que usted sostenga que su protagonista es una mujer sencilla<sup>1</sup> en tanto que su amigo , tanto si es porque usted así lo desea como porque crea él**



**sinceramente que resultaría sin punto de comparación más sugerente, pero que allá usted y que él no quiere — le dice — influenciarlo, insistirá él en que sea una señora de la alta sociedad, y los guantes sean largos y de terciopelo cuando ella cierre la puerta con sigilo, suavemente, con cuidado de no despertar al marido (enfermo tal vez, y anciano e inmensamente rico<sup>2</sup>) al que ha administrado un somnífero o quién sabe si no arsénico o cianuro antes de fugarse con su amante como si lo que prefiere es algo de índole más intelectual y que su conversación se centre en aspectos psicológicos, caracterológicos o incluso temperamentales de los personajes dando, todo ello, lugar a un argumento de menos acción, es verdad, pero contenido más filosófico y, por tanto, también posiblemente de más calidad literaria<sup>1</sup> puedan, sin apasionamiento y muy serenamente, plasmar negro sobre blanco sus desacuerdos.**

Pero que, tanto si es conservando la postura, la situación, el tono, la actitud y el atavío tanto de la esposa como del marido que usted defiende como si lo es manteniendo aquellos por los que aboga su amigo y que darían a “nuestra Camelia” — dice él — un aspecto de mujer más de mundo y con más clase y más esbelta aunque también y por supuesto bastante más perversa pero él — insiste — no quiere influenciarlo, lo que no tiene que perder de vista es que la protagonista “es ella, no yo” — le dice —; y que deje por tanto de hacer mención constantemente a qué él dice, y cómo lo dice, y cuándo lo dice, y por qué lo dice...

<sup>1</sup> Que, ataviada con su delantal y sus guantes de fregar alza la voz con la mano apoyada en el picaporte de una puerta entreabierta para preguntar no sé qué a un esposo aburrido que colecciona sellos en batín con borlas.

<sup>2</sup> Pero que eso tendría que desarrollarlo usted, que no se lo va a dar él todo hecho.

## Versaciones de un chupaplumas

### Que piense algo



[2]

– ¿Te estás enterando? — pregunta él.

– Sí — contesta usted.

Y zanja su amigo el tema con que pues entonces “¡Hala!”, y que *ahora*, si a usted no le importa, será mejor que por hoy lo dejen.

Usted le dice que sí, que claro, *además tú tenías prisa*.

Dice que no, que no tiene nada que hacer, que lo dijo nada más para que no tuviera que ser usted quien dijese “me tengo que marchar”, porque entonces a lo mejor se sentía obligado a explicar que es que iba otra vez a casa de Ramírez alegando que era por el tema de la papiroflexia pero que...

– ¿Qué? — pregunta usted.

– No, nada... Además — añade él, tras pensárselo un poco — me parece bien que te estés empezando a encariñar un poco con... ¿Cómo quedamos en que se llamaba?

– ¿Camelia?

– Sí

– Sonia.

– ¿Sonia — él; y alzando levemente una ceja —: eh?

– Sí — usted —; pero si prefieres que lo discutam...

– No...

– ¿De veras?

– Sí; sí. De veras. Es sólo que...

– ¿Qué?

– No; nada.

Y se queda él como pensativo, un ratito, tabaleando sobre el mármol otra vez y volviendo a inflar los carrillos para soplar después el aire emitiendo otra especie de brrr; luego se pone de pie y dice “bueno, pues venga” y que “Sonia, sí; puede estar bien” pero que, a él, “*en fin tú verás, ya te he dicho que yo no quiero influenciarte*”, le parece que no van ustedes a estar hablando de la de las...

– ¿“¿Sandalias”, dijimos?

– Boquerones — lo corrige usted.

– Vale.

Que no sé para qué se esfuerza usted en ser preciso cuando él acepta la rectificación sin rechistar, como si le estuviese importando un comino. Pero usted verá.

Pero que — en conclusión y no fuera a ser que la terminasen liando, tan más o menos encauzada que la cosa iba —, aunque él habría jurado que eran salmonetes, lo que de verdad le preocupa es que tiene la sensación de que están todo el rato hablando de la otra.

– ¿Qué otra? — le pregunta usted.

# Versaciones de un chupaplumas

## Que piense algo



[3]

– La de las botitas — le contesta él.

Y cuando usted le intenta refrescar la memoria dándole detalles precisos de la página y el párrafo exactos en que él, él solito y sin contar con nadie, la había olvidado, le contesta con mucho desparpajo que él es un simple mortal, un pobre ser humano imperfecto e incapaz de llevar todos sus olvidos en la cabeza; y que para eso está usted que para eso es el escritor y el obligado a asumir la responsabilidad de que él — “pero sólo si las circunstancias lo exigen”, dice, y que tras haberlo reflexionado con calma y bien argumentado porque no tiene ganas, dice también, de andar deambulando y dispersándose de acá para allá para que luego vaya a resultar que se atasque usted o se líe y le termine diciendo que lo siente mucho “pero te la tienes que quitar de la cabeza definitivamente” — olvide o recuerde lo que fuere menester o más conviniera a los objetivos de ustedes.

Y es justo en ese momento cuando sin haber albergado la más leve sospecha de que semejante cosa pudiera suceder, sin esperarlo ni saber a dónde lo pueda conducir un impulso tan del todo irracional, sin querer piensa usted.

Piensa sin querer pensarlo que no quiere seguir con este juego estúpido de querer ser escritor; piensa...

– Piensas — continúa él, apartando la vista de los folios, que posa boca abajo, sobre el mármol, sin prestar atención a que esta vez la espuma de la cerveza ha rebasado el borde de la copa y formado un pequeño charco —, sin querer pensarlo tampoco, pero sin poderte contener, que no vas a saber hacerlo...

– ¡Exacto! — admite usted; alborozado casi de, tras tantas inquietudes y zozobras y quebraderos de cabeza, sentirse comprendido por alguien que es, además, su amigo que lo quiere y va a alentarle y a prestarle su apoyo siempre.

Aunque, dice también y que ha de reconocerlo, un poco de vergüenza sí que le da...

– No me interrumpas — ordena él en tono entre seco y ausente para, hablando despacio, en voz muy baja, proseguir —: piensas que sería además un escándalo y que con qué cara ibas a volver<sup>3</sup> al ministerio y a enfrentarte con todos tus compañeros y con tu Gutiérrez y con tus expedientes polvorientos y desprovistos de glamur después de haberte despedido tan contento y tan ufano y para siempre porque te ibas a

---

<sup>3</sup> A la mañana siguiente, que él dice “mañana mismo, por cierto y sin falta; porque una vez tomada la decisión lo mejor, imaginas, va a ser poner las cosas en claro cuanto antes”.

## Versaciones de un chupaplumas

### Que piense algo



[4]

convertir en un tipo con suerte, con fama, con prestigio, al que sus miles de lectores no dejarían dar ni un paso por la calle, asaltándolo constantemente para pedirle autógrafos e interesarse por cuándo van a tener el inmenso placer de tener entre las manos su próxima obra...

– Eso, mira, no lo había pensado... — dice usted.

– ¿Me querrás dejar que siga? — dice él.

– Sí, pero...

– ¡“Pero”! Ahí quería yo llegar — dice él, entornando los ojos y golpeando con lentitud con su índice sobre los folios — Ahí quería yo llegar porque eso es lo que hay precisamente: un “pero” ...

– Pero no porque... — usted.

– Que te calles, coño. Además — dice cambiando de tono, que se pasa a quejumbroso —, primero lo pones y luego empiezas a encontrar inconvenientes ¿En qué quedamos?

– ¿A qué estoy poniendo inconvenientes? — Y quiere usted, recuerda, rescatar los folios; que está sufriendo de ver cómo se están emborronando, emborrachándose de cerveza.

– Pero... — prosigue él, interrumpiéndose apenas un instante para darle un manotazo y gruñir “deja en paz los putos folios de los cojones, ¡joder!” — *Porque, ¿sabes?* — le dice, volviendo al tono quedo, susurrante casi —, *cuando el pensamiento se empecina en escaparse de las manos es muy difícil de retener aunque se quiera y tú, sin poder evitarlo, temes...*

– ¡Pues claro, que temo! — dice usted — ¿Cómo no voy a temer el hacer el más espantoso de los ridículos?

– ¿Será posible — se queja él irritado — que dejes de comportarte como una mosca cojonera? Hombre, ¡por favor!, que así no hay forma de dar ilación a discurso ninguno...

– De acuerdo.

– El pensamiento se ha disparado sin remedio y te grita — grita él —, por más que en tu cobardía quieras hacerte el loco y no escucharlo, que tu editor te está urgiendo, aguardando en vilo y ansioso, a que le entregues el manuscrito que te comprometiste...

– Eso no es cierto.

– ¡Empecínate en engañarte!

Y se afana con inenarrable pasión en que rememoren juntos que “métele en la cabeza” esta no es su primera novela y lo saben los dos perfectamente; y usted rememora, sí, pero para recordarle con enorme dolor que la anterior fue un absoluto fracaso.

– ¿Seguro? — él

## Versaciones de un chupaplumas

Que piense algo



[5]

– Y tan seguro. No se vendió ni un solo ejemplar<sup>4</sup>.

– Pues porque era, como todo lo diferente, para minorías selectas — dice él.

Pero era, reitera, francamente buena; sin olvidar advertirlo muy encarecidamente de que el verdadero, el auténtico escritor, ha de buscar la calidad y no la fama “porque, estarás de acuerdo conmigo, la fama es flor de un día en tanto que la calidad te reportará inmortalidad ¿De acuerdo?”.

Y como usted le dice que sí dice él que ahí, precisamente, está el secreto.

– ¿Qué secreto? — le pregunta usted.

Pero elude el contestar aduciendo que media docena y pico de folios de un tirón es un ritmo fantástico para un principiante; y que dejar las ideas nada más esbozadas, apenas sólo insinuadas y como que medio en el aire, invitando a la imaginación a que dibuje quién sabe qué insólitos trazos con su vuelo, favorece en mucho más a la creatividad que el dejar las cosas perfectamente rematadas y todos los misterios desvelados, que luego no se sabe cómo coño arrancar.

Dice, también, que puede usted cambiar “coño” por “diablos” si lo prefiere.

Y no se lo dejo más pulido porque tengo que marcharme antes de irme a comprarle una vela; que se ha roto la cinta de la persiana de su despacho y además se han fundido los plomos de todo el edificio y, me ha dicho el portero, la avería va para largo; y, el persianista me ha dicho que no sabe cuándo podrá venir porque tiene que marcharse a las islas Feroe al entierro de un primo de su mujer. Pero pienso que eso puede a usted venirle bien porque, acuérdesse, todos los grandes escritores clásicos escribieron sin electricidad y aunque ni tan sólo tuviesen persianas. Y fíjese que cosas hicieron.

Los puntos y las comas y todos esos detallitos colóquelos por favor usted, que a mí lo de la vela me ha hecho mucho extravío y no me queda tiempo.

*Cola*

---

<sup>4</sup> Porque entiende usted que hay que saber estar en esta vida a las duras y a las maduras, y que si quiere ser un escritor con una trayectoria y un pasado digno de que alguien escriba en el futuro su biografía plagada de acontecimientos y vivencias apasionantes ha de asumir, para que resulte creíble, algún que otro fracaso.

# Versaciones de un chupaplumas

Que piense algo



[6]

---

<sup>i</sup> Que se lo escribo así, en rojo, para que se dé cuenta de que, si no le gusta, podrá seleccionarlo con el puntero y suprimirlo con un sencillo clic, sin que nadie pueda notar que haya habido corte ninguno.